

## DE LA TIERRA

*(A mi querido amigo D. Antonio Arzác)*

La tarde es hermosa ....

Por el amplio mirador, situado á lo largo de la ría, pasean las muchachas ataviadas ricamente. A decir verdad, hubiera preferido verlas más sencillas: con las ropitas de casa; libres las cabezas de esos sombrerotes antipáticos y feos; luciendo sus cabelleras, cuyos rizos mecería suavemente la brisa del mar. Así, para mis gustos, encajarían mejor en el cuadro.

No lejos, á mi derecha, se dibuja la ciudad, con la esbelta torre de su iglesia; con sus viejos caserones, verdaderos monumentos históricos; con sus negras y dormidas murallas, restos gloriosos de pasadas grandezas.

Desde lo alto de una de esas murallas dos ó tres chicuelos tiran piedras contra un zarzal nacido entre las juntas de los sillares. De pronto cae el zarzal y varios pajarillos vuelan dificultosamente, pero elevándose elevándose... mientras los chicos contrariados y tristonos observan que la presa se les escapa de las manos...

Lo celebro.

Me gustan los chicos, pero no me gusta ver los pajarillos en sus manos. Los pájaros son útiles y lo útil en poder de los chicos es cosa perdida.

A mi izquierda se extiende el mar, inmenso, con sus tonos verdes y azules, con su murmullo incesante, con sus olas que, apenas perceptibles á distancia, se manifiestan claramente por líneas de espuma al romper en la barra.

Las lanchas han regresado ya de la pesca y sus tripulantes descargan el botín en la playa de la ría; algunos curiosos presencian la escena.

Cerca de mí, una muchacha morena, guapota y fresca, mira atentamente hacia la ría... Yo, sin darme cuenta, miro también... Un pequeño bote avanza con lentitud cortando las aguas...

\*  
\* \* \*

Tres hombres ocupan el bote. Dos de ellos, perfectos tipos del pescador bascongado, reman; el tercero, un cura vejete y simpático, va sentado á popa llevando sobre sus rodillas un pequeño envoltorio.

El bote atraca, arrimándose por completo, á una lancha grande de esas que se dedican á la pesca de altura. Uno de los marinos ya anciano, sujeta el bote; el otro, muy joven, casi un chico, salta á la lancha, recibe de manos del cura el envoltorio, un cristo y dos candeleros, y ayuda al sacerdote á pasar á la barca. Después el otro marino pasa también.

Colocado el cristo sobre un banco y encendidas las velas de los candeleros el cura se descubre, se pone la sobrepelliz y la estola, abre un libro y lee unas oraciones... Toma el hisopo y bendice la barca.. Luego, inclinándose sobre sus bordas hacia el mar, á proa y á popa, á babor y á estribor, marca con la mano en la fresca pintura la señal de la cruz.

Momentos más tarde los pescadores apagan las velas y el sacerdote se quita las vestiduras...

—Esto ha terminado—digo para mis adentros.

Y me vuelvo tan violentamente al romper la marcha, que casi doy de bruces con la muchacha morena, guapota y fresca, de que antes hablé.

—Perdón—exclamo, mas no contesta; con los brazos caídos y las manos entrelazadas, con la mirada fija en la barcaza y los ojos impregnados de lágrimas la muchacha, engolfada con sus pensamientos, apenas me ve...

Sigo mi camino preguntándome por qué llora aquella criatura, y multitud de ideas acuden á mi cerebro para explicármelo

¡Quién sabe si, de aquellos dos pescadores, el anciano será el padre de la moza y el joven su prometido! ... ¡Quién sabe si aquella barcaza, acabada de bendecir, será el regalo que el padre dedique á los muchachos al bendecirse su unión!...

JOAQUÍN USUNÁRIZ.



# DE LA TIERRA



**A mi distinguido y apreciado amigo D. Serapio Múgica**

Todos los detalles absolutamente todos, por nimios que algunos parezcan sirven para dar una idea clara de la cultura y del progreso de un pueblo, ya que esa cultura y ese progreso deben retratarse en todos sus actos. Y no hay que dudar de que entre esos detalles, uno, el de los festejos, merece atención especial. Los pueblos bárbaros se divertían con fiestas bárbaras también; los pueblos cuya cultura y cuyo progreso nada tienen que envidiar á la cultura y el progreso de los demás, dan esparcimiento á su ánimo con fiestas delicadas, en las que la más pequeña muestra de barbarie ha desaparecido.

Dediquemos unas líneas á las que este verano han sobresalido en San Sebastián, á las que elevan el nombre del pueblo haciéndole beneficio inmenso.

## **La Exposición de muñecas**

Acompañado de *Frédéric*, el joven fotógrafo cuya alma de artista se trasluce en todas sus obras, me dirigí á la Exposición el día de la apertura.

Realmente, ignoraba lo que iba á visitar. Sabía tan sólo que un número grande de muñecas; de esos juguetes que lo mismo se ven entre los brazos de una pequeñuela mal vestida, que sobre el cochecito airoso en que pasea la niña aristocrática; de esas figuras cuyo lenguaje comprenden todas, absolutamente todas las mujercitas del porvenir, había-

se colocado en el interior del segundo pabellón del Mercado de la calle de Urbietta.

Al penetrar en el recinto de la Exposición mi asombro no tuvo límites. Allí estaban, en efecto, las muñecas. Allí estaban, sí, pero no formando un gran bazar; no constituyendo un desorden *infantil*, sino agrupadas, representando cuadros de la vida real..

Una vocecita dulce me hizo salir de mi asombro. Volví la cabeza y ví que una linda muñeca, de ojos vivarachos y expresiva mirada, de rubia cabellera que en ensortijadas trenzas caía sobre sus hombros, me llamaba con insistencia desde *La Concha de San Sebastián*, con cuya arena jugueteaba...

Me acerqué á *La Concha* mientras *Frédéric* se separaba de mí para fotografiar los demás grupos, y la muñequita de mirada expresiva y ojos vivarachos me habló así:

—No sabes lo contenta que estoy. La señora viuda de Gaytán de Ayala, la dama de generoso corazón en el que hallan eco todas las desdichas, la iniciadora de esto que yo quisiera llamar *fiesta de las niñas pobres*, me ha colocado aquí, en nuestra *Playa*, para que juegue y corra, para que respire los aires puros del mar... ¡Qué contenta estoy! ... Mas, con todo, no soy feliz... Y no soy feliz porque me visitan muchas niñas, muchas, pero todas esas niñas son ricas, y todas esas niñas que ríen y palmotean ante mí, me ponen triste algunas veces y me quitan las ganas de jugar... Yo quisiera llamar á la Exposición en que figuro la *fiesta de las niñas pobres*, y para ello quisiera verlas por aquí, con sus trajecitos rotos, verdad, pero con sus melenas tan hermosas como las mías, con sus ojos más lindos quizá que los míos...

Calló. Su voz argentina me había impresionado; el cariño que profesaba á los pobres, mostrado claramente en cuanto había dicho, despertó en mí profunda simpatía hacia aquella figurita, y quise con toda mi alma que fuese feliz. Sabía yo que la señora marquesa de Squilache había manifestado su deseo de que, de su peculio, se pagase la entrada de mil niñas pobres; sabía también que las damas organizadoras de la Exposición tenían el propósito de que las niñas asiladas en la Sagrada Familia, en la Casa de Misericordia y en el Asilo de San José, y las que asisten á las escuelas municipales y á las escuelas francesas acudieran gratuitamente, y así lo hice saber á la muñequita.

Su alegría fué inmensa.

—¡La fiesta de las niñas pobres!—exclamó alborozada.—Esa era mi ilusión, esa era mi ansia constante... Ahora sí que soy feliz.... ¡Que yo ven á las niñas pobres ahora, ya que más tarde, cuando salga de *La Concha*, seré la amiga inseparable de alguna niña rica!...

### La batalla infantil de flores

Quien más, quien menos, todos hemos visto una batalla de flores. La cosa nada tiene de particular.

Pero una batalla de flores como la celebrada en la terraza del Gran Casino; una batalla en que únicamente el elemento infantil, con sus cochecitos adornados ricamente, con sus diminutos automóviles, con sus triciclos y sus trineos, combate á la desesperada, lanzando á los aires multitud de perfumadas flores, entre gritos de entusiasmo y risotadas de placer; una batalla en que el campo se engalana artística y caprichosamente con guirnaldas, escudos y banderolas para recibir á los tiernos contrincantes; una batalla como esa la han visto pocos: sólo la han visto los que el día 27 del pasado Agosto estaban en la bella capital de Guipúzcoa.

Y era de admirar cómo aquellos angelitos; aquellas criaturas encanto de sus familias; aquellos niños que mañana serán hombres, llamados quizás á dar días de gloria á su desgraciada patria, tan necesitada de ellos; y aquellas niñas reflejo vivísimo de la heroica mujer española; era de admirar, digo, cómo toda la chiquillería allí congregada disparaba los proyectiles de que con anterioridad se había provisto.

Sus caritas de angel, frescas y sonrosadas; sus ojos alegres, de mirada dulce en que se retratan la bondad y la candidez del alma; sus rizadas melenas que la brisa del Cantábrico mecía suavemente; sus saltos y piruetas, llenos de gracia natural, fueron largo tiempo el encanto de un público distinguido y el embeleso de muchos padres, á cuyos oídos llegaba el alboroto infantil como melodioso gorjeo de ruiseñores.

Yo les contemplaba enmimismado; en mi mente comparaba aquella batalla con otras muchas que había visto; comparaba á los niños con los hombres, y ¡claro! de la comparación salieron triunfantes los chiquillos...

Mientras tanto, ellos se divertían corriendo en sus cochecitos, en sus trineos, en sus automóviles, saltando y gritando, produciendo inexplicable algarabía y tirando flores y más flores...

Y más tarde, cuando ya se había verificado la tómbola y se habían distribuido los juguetes, cuando ya la obscuridad comenzó á extenderse sobre la bella Easo y se quemaba una monísima colección de fuegos de artificio en obsequio á los beligerantes, ellos, en medio de su entusiasmo aplaudían y seguían tirando flores y más flores.. .

¡Qué de extraño tiene que tiren flores los niños, lindas y tiernas florecillas del hogar!...

JOAQUÍN USUNÁRIZ.

## ¡ANTSIYA!



¡Ogi puska bat bildu  
nayean echera,  
arrantzalia joan da  
itsaszabalera,  
bañan uste gabian  
arki dala bera,  
olatu bat sortu da  
beraren aurrera  
etorririk legoi bat  
bezela gañera,  
artu ta eraman du  
betiko urpera!

puskik onenen faltan  
or, zenbait senide  
echeke guziyentzat  
¡O! zenbat naigabe,  
ez dirade sosegu  
pika baten jabe  
kuskurturik negarrez  
lertu nayan daude.

JOSÉ ARTOLA.

